

Lucha de clases en Venezuela

Oscar Andrés Espitia Lombo

Economista
Profesor universitario

Una victoria, un retroceso

Ganó Nicolás Maduro las presidenciales en Venezuela, asegurándose el oficialismo la posibilidad de seguir siendo gobierno. Esto, en un escenario de lucha de clases que amenaza con adquirir visos cada vez más radicales, a partir del apretado resultado electoral del 14 de abril.

Dos proyectos de país claramente diferenciados se encuentran enfrentados en Venezuela: por un lado, el que aspira a la construcción del socialismo del siglo XXI, banderas que fueron legadas a Nicolás Maduro luego de la muerte de Hugo Chávez. Por el otro, el de la derecha venezolana, que encarna el retorno del neoliberalismo económico y del autoritarismo político, bajo el liderazgo de Henrique Capriles Radonski. Dicha confrontación ha trascendido el escenario meramente electoral, tomándose el día a día de los venezolanos, agentes activos del debate político de su país.

La derecha venezolana, agrupada en torno a la Mesa de Unidad Democrática, ha venido ganando audiencia para su discurso político. Camuflados en un lenguaje de izquierdas y sin más programa que el ataque a los flancos más débiles de la gestión gubernamental del oficialismo, han consolidado la figura de Capriles como paladín de las causas populares. Capriles habla de continuar las misiones, aumentar el salario

en un 40%, de convención colectiva y extensión de los derechos sindicales, etc., evitando ser relacionado con el pasado neoliberal venezolano del cual es heredero político.

Entre tanto Maduro, en sus inicios conductor del metro de Caracas y aguerrido sindicalista, le apostó a la invocación permanente de la imagen del comandante, presentándose como su hijo, el más confiable continuador de su obra, como también a la identificación plena con lo popular, donde lo simbólico religioso ocupa lugar destacado. Este atributo, lo simbólico religioso, resulta especialmente importante en tanto invoca la recuperación para la praxis revolucionaria de lo mejor de la tradición católica en América Latina: la teología de la liberación.

Maduro tuvo que lidiar con cuestionamientos dirigidos al gobierno por la corrupción, la inseguridad, la ineficiencia en la producción petrolera y el desabastecimiento de bienes de consumo, escenario adverso que hace parte de una tendencia de más largo plazo que el comandante también enfrentó en las elecciones de octubre pasado.

Sin embargo, en la notable disminución del capital electoral oficialista –685 mil votos en solo seis meses– confluyó otra miríada de factores, entre los que corresponde considerar los efectos de la muerte del líder en algunos segmentos de las bases populares (sensación de orfandad y desconfianza en el nuevo liderazgo), la falta de pericia de Maduro como candidato presidencial en comparación con Hugo Chávez y con el mismo Enrique Capriles y el recurso del candidato Maduro a un discurso en exceso nostálgico pero con déficit en lo político. Tampoco debe desestimarse el papel de la arremetida mediática nacional e internacional y el sabotaje del alto empresariado con su cortejo de desabastecimiento y cortes frecuentes en el sistema eléctrico. Asimismo, las medidas devaluacionistas del 8 de febrero –¡dos meses antes de la elección!– de seguro contagiaron de pesimismo a segmentos de la clase media y a sectores



populares con menos arraigo ideológico, por el impacto negativo en el poder adquisitivo.

Todo ello terminó beneficiando en mayor o menor medida al candidato Capriles, ya con mayor caudal electoral –670 mil votos más respecto al resultado de octubre–, ya por abstencionismo de las bases oficialistas.

De tácticas y estrategias

Luego de conocerse el resultado que le da la victoria al oficialismo por estrecho margen, la oposición, aduciendo irregularidades en el proceso electoral, ha optado por no reconocer a Nicolás Maduro como presidente, lo cual hace parte de una estrategia, previsible por demás, de desestabilización política del país, especulando con la ausencia permanente del liderazgo de Hugo Chávez.

Entre tanto, el oficialismo acusa a la oposición de golpista, más aún después de los ataques violentos perpetrados por seguidores de Capriles el 15 de abril pasado, que traen a la memoria los desafortunados hechos de abril de 2002. No obstante, aunque la experiencia histórica y la influencia de la derecha internacional justifiquen la desconfianza del oficialismo, parece improbable que la oposición acuda al expediente golpista en la presente coyuntura.

En esto tiene mucho que ver la rápida reacción de UNASUR, que por decisión unánime de sus países miembros expidió una declaración rodeando la elección de Nicolás Maduro como presidente. Así, un gobierno producto de acciones golpistas estaría viciado de ilegitimidad en la escena regional, condenado al aislamiento comercial y político.

Entonces, desestabilización política y sabotaje económico con miras a un referendo revocatorio del mandato presidencial de Maduro en un horizonte de 3 años, parece ser la vía más expedita para la oposición en el propósito de regresar a Miraflores. En ese sentido, Capriles y la derecha venezolana han copado las tribunas mediáticas de los grandes conglomerados informativos para acusar de ilegítimo al presidente Maduro y minar la credibilidad de la autoridad electoral de cara al proceso de auditoría que se avecina, usufructuando el recrudecimiento de la polarización política del país y el cerrado resultado electoral. Esto, en medio de invocaciones a la paz y la vía democrática.

El oficialismo, por su parte, ha respondido exigiendo que se reconozca el mandato de Maduro, entre otras, tomando medidas contra la oposición en la Asamblea Nacional, impidiendo a diputados opositores cobrar sus sueldos y despojándolos de presidencias de comisión.



En una era en la que el capitalismo es global y los imperialismos contemporáneos y de vieja data hacen de las suyas por toda la órbita planetaria, las resistencias de estirpe anticapitalista y antiimperialista también adquieren dimensiones globales. Es así que Venezuela se erige como símbolo y referente mundial. Este país suramericano, además de encarar con determinación el poder imperial norteamericano, fue el primer país en el siglo XXI en emprender la marcha consciente hacia el socialismo.

Asimismo, la ministra de Asuntos Penitenciarios ha amenazado con cárcel a Enrique Capriles por su supuesta responsabilidad en los actos de violencia del 15 abril y por lo que se considera como instigaciones golpistas.

Estas medidas del oficialismo reflejan un comportamiento errático, por cuanto victimizan a la oposición y agudizan el clima de inestabilidad política del país, escenario que perjudica la gobernabilidad de Maduro. El oficialismo debe garantizar la transparencia de la auditoría electoral, con presencia de delegados internacionales si es preciso, para quitarle margen a los reclamos de la oposición. La movilización permanente de las bases también resulta clave para rodear al Presidente.

Venezuela y el porvenir del proyecto socialista

No obstante lo anterior, la victoria de Nicolás Maduro tiene una enorme importancia que supera los límites de Venezuela para trascender hacia América Latina y el mundo.

Es importante para Venezuela porque el hecho de que el oficialismo siga siendo gobierno es condición necesaria, aunque no suficiente, para que el país empiece a superar la etapa de las reformas e inicie el paso a la transición socialista. Los anuncios de Maduro de profundizar la revolución bolivariana y promover los valores y el estilo de vida socialista parecen indicar que la transición es el norte del Presidente.

En ese sentido, es buena señal la creación de la misión *eficiencia o nada*, y la supresión del *Ministerio de Planificación y Finanzas* para crear el *Ministerio de Finanzas* y el *Ministerio de Planificación*. Eficiencia y planificación han sido identificados por el presidente Maduro como los pilares del desarrollo de las fuerzas productivas en Venezuela para superar la dependencia de las importaciones de bienes de consumo.



También ocupa un lugar destacado en los anuncios de Maduro la decisión de combatir con firmeza la corrupción, a partir de la creación de un grupo *especial y secreto*. Al respecto, genera suspicacias la naturaleza de dicho grupo, en cuanto podría derivar en prácticas policíacas de corte estalinista.

Al compás de las mencionadas medidas, se requiere establecer mecanismos de participación efectiva de los trabajadores en las decisiones de planificación económica y de control de los procesos de producción y administración. La extensión de la democracia al escenario de la economía es condición suficiente de la transición socialista.

Ya en Nuestra América, la victoria de Maduro significa la posibilidad de consolidar y profundizar los lazos de solidaridad económica y política regional, en oposición a la concepción norteamericana tradicional de ayuda internacional condicionada al derecho de intervención política y económica

de la potencia del Norte. La creación y fortalecimiento de organismos como UNASUR (Unión de Naciones Suramericanas) y CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños) y programas como Petrocaribe y el Banco del Sur, con destacado protagonismo venezolano, ha resultado trascendental en esta construcción de cooperación y unidad latinoamericana.

El internacionalismo efectivo de Venezuela –con énfasis en países pobres y de ascendencia indígena y negra, como Bolivia, Cuba y otras islas de las Antillas y El Caribe– ha permitido que crezca la audiencia para el socialismo en América Latina, especialmente en segmentos populares de la población con fuerte arraigo en el catolicismo. En este escenario, la elección del argentino Jorge Mario Bergoglio como Papa hace parte de la contraofensiva ideológica en la región, que busca contener el influjo socialista dentro de la feligresía católica,

propósitos que pueden ser contrarrestados en la medida que el proyecto de unidad latinoamericana propicie avances en el mejoramiento de las condiciones de vida de la región.

Ahora bien, en una era en la que el capitalismo es global y los imperialismos contemporáneos y de vieja data hacen de las suyas por toda la órbita planetaria, las resistencias de estirpe anticapitalista y antiimperialista también adquieren dimensiones globales. Es así que Venezuela se erige como símbolo y referente mundial.

Este país suramericano, además de encarar con determinación el poder imperial norteamericano, fue el primer país en el siglo XXI en emprender la marcha consciente hacia el socialismo. Los grandes avances de Venezuela en materia de equidad en la distribución del ingreso, reducción de los niveles de pobreza y mejoramiento de la calidad de vida de los más humildes a partir de la nacionalización de sectores estratégicos de la economía, todo ello bajo la impronta de un discurso anticapitalista con horizonte socialista, han suscitado simpatías en toda la órbita planetaria –desde Japón y Corea del Sur hasta Arabia Saudita, Israel y Palestina, pasando por África, Europa e incluso los Estados Unidos–, reanimando el debate mundial sobre la vigencia del socialismo.

En Venezuela está en juego el prestigio del socialismo como alternativa civilizatoria frente la barbarie económica, social y ambiental del capitalismo. **IZQ**

